

ECONOMIA: EL RING DE LOS "GRANDES"

María Angélica de Luigi

Golpeado por la cesantía, la inflación, las deudas y las quiebras, el mundo vuelve la mirada hacia los economistas. Y puede sentirse desorientado. No hay dos de ellos que piensen igual:

Gunnar Myrdal —Premio Nobel de Economía 1974— dice que Milton Friedman —Premio Nobel de Economía 1976— es... "un cínico y la mayoría de sus enfoques carecen de ética, son intrínsecamente inmorales".

Friedman pelea desde hace años con John Kenneth Galbraith —pro-

fesor en Harvard y ex consejero de Roosevelt, Truman y Kennedy—: "Como Galbraith quiere controlar los salarios y los precios le mandé una nota poco después que Nixon tomó esas medidas. Le decía: "Usted estará tan apenado como yo de tener de discípulo a Nixon". Todavía no me contesta".

Galbraith, por su parte, podría discutir interminablemente con el Premio Nobel 1970, Paul Samuelson: Galbraith insistiría en recurrir a fuertes "controles del Estado", mientras Samuelson defendería la "economía mixta", lamentándose

Tomado: **EL MERCURIO** de Santiago de Chile 17/4/83.

por "la polarización de la sociedad que desprecia el camino del medio".

Con ello, Samuelson también enervaría a otro Premio Nobel, Friedrich von Hayek, que se burla de lo que llama "la mitad del medio"... porque "esa confusión del centro" es la que, en el Partido Conservador inglés, ha impedido a la señora Thatcher tomar medidas económicas más drásticas...".

Cerrando la ronda, Hayek tendría argumentos para rebatir a todos los economistas antes nombrados. Incluyendo a su propio colega en la Sociedad Mont Pelegrin, Milton Friedman... "porque Friedman persuadió a la señora Thatcher para detener el proceso inflacionario en dos o tres años. La gente es capaz de soportar una cesantía alta durante seis meses. Pero tres años...".

UN ROMPECABEZAS

No se ponen de acuerdo. Peor aún, los "médicos" economistas empiezan además a reconocer que la economía... se les ha escapado de las manos.

Luego del primer impacto de los precios del petróleo, la revista **Newsweek** puso el dedo en la llaga. Aseguró que los economistas tendrían que recordar con frustración el 74 porque ese fue el año en que fracasaron todos los pronósticos económicos: "Hoy ya no pueden decidir cuál será la tendencia de la producción, del ingreso y del empleo, ni si el mundo se encamina hacia una recesión económica... La conclusión es que el cuerpo entero del pensamiento económico —acumulado durante 200 años desde Adam Smith— es inadecuado para describir y analizar los problemas de nuestro tiempo".

Ahora, en 1983, cuando la recesión no sólo ha llegado sino que no quiere retirarse, el tema adquiere el carácter de una honesta confesión:

"Es indiscutible que a partir de 1970 las cosas dejaron de marchar bien —reconoce Irving Kris-

tol, codirector de **Public Interes**, periódico para especialistas, y miembro del Consejo de **The Wall Street Journal**—. No fue sólo que los pronósticos anuales quedaran con demasiada frecuencia muy lejos de la realidad, sino que no se logró explicar el fenómeno de estancamiento con inflación".

Robert M. Solow del famoso MIT, Massachusetts Institute of Technology, agrega: "una de las ventajas que tienen los físicos sobre los economistas es que la velocidad de la luz no ha cambiado en los miles de años pasados, en tanto que una ecuación correcta precios-salarios en 1950 o 1960, ya no lo es actualmente".

Y Paul Samuelson —el famoso autor de **Economics**, el texto que ningún estudiante de economía del mundo ha dejado de tener en su velador— reconoce que "frente a este mundo extraño de inflación, escasez y repercusiones internacionales" (como lo describe **Newsweek**)... "no hay señales de que nos encontremos convergiendo hacia la piedra filosofal que logre ajustar exactamente todas las piezas de este rompecabezas".

"PORQUES" SIN RESPUESTA

El lego, habitualmente apabullado por la tecnificada terminología económica, puede quedar aún más sorprendido con otras "revelaciones" del especialista Kristol:

"La verdad es que los economistas no pueden explicar aún los "porqués" de los fenómenos económicos. Por ejemplo, no logran explicar por qué crecen las economías y por qué algunas lo hacen más aprisa que otras. Por supuesto, intentan presentar alguna explicación y por ahora la literatura referente a la teoría del crecimiento llena una biblioteca de buen tamaño. Pero después de centenares de páginas —matemáticas y abstrusas— nada hay que se aproxime a un consenso".

Y hay más "porqués" —angustiosamente urgentes— que los economistas están reconociendo como tremendamente difíciles de responder con exactitud. Por ejemplo, la inflación. En la reunión de la Asociación Norteamericana de Economía, en 1974, no provocó desmentido la afirmación de George Perry, especialista de la institución Brookings: "Los economistas tenemos que luchar ahora con el problema llamado "inflación

mundial" antes de haber comprendido cabalmente lo que es "inflación a secas".

Más insólito aún resultan otros "hidalgos reconocimientos". Los monetaristas de Friedman han influido al mundo con la "varita mágica" del manejo del dinero circulante. Hasta han probado que funciona, pero... no saben explicar ¡por qué!

En un reciente foro económico realizado por la revista **Manhattan Report**, el profesor de la famosa Universidad de Chicago, Robert Lucas, confiesa textualmente:

"Los economistas como yo o como Milton Friedman, que damos gran importancia a los cambios en la cantidad de circulante como causantes de la depresión, tenemos un grave problema teórico entre manos. ¿Por qué los cambios en la cantidad de monedas —básicamente un cambio de unidades— han de modificar las decisiones de la gente en materia de producción, empleo y demás? Conseguir que un modelo teórico explique el motivo por el cual debe ser así se ha convertido en un gran reto".

UNA CURVA FACIL

¿Qué divide a los economistas hoy? En Estados Unidos, desde que asumió Reagan, la expresión de moda es "supply-side", es decir, "economía de la oferta" para diferenciarla de lo que podría llamarse "economía de la demanda". Partidarios de una y otra se

descalifican diciéndose mutuamente que no aportan nada nuevo. La economía de la oferta sería tan vieja como los 200 años que tiene Adam Smith. La de la demanda tendría, al menos, los 50 años de Keynes.

La primera se está concretando con una polémica reducción de impuestos en Estados Unidos, acompañada de elevado y alarmante déficit fiscal. Su fundamento es "la Curva Laffer", un "descubrimiento" que se ha convertido en la panacea de la "reaganomics" (economía de Reagan). ¿Un estudio tremendamente complicado y difícil de entender? No, más bien, otra de las sorpresas de la alta economía que también confiesa Kristol:

"La persona término medio, al escuchar una explicación sobre la economía de oferta, no resiste su incredulidad: si la cuestión es tan obvia ¿por qué suscita tanta discusión y controversia? El economista medio, por su lado, se muestra indignado y ofendido: ¿qué sentido tiene trabajar tanto para ser experto en las refinadas teorías de la

economía si la política económica puede reducirse a términos tan simples?".

El caso es que la famosa Curva Laffer, que se ha discutido hasta la saciedad en Estados Unidos, fue dibujada hace nueve años en una servilleta en un restaurante de Washington. Su autor, Art Laffer, juvenil economista de 40 años que colecciona loros, puso a la izquierda de la escala lo que ocurre cuando el gobierno no cobra impuestos: no hay ingresos fiscales. Avanzando hacia la derecha, aumenta la tasa tributaria y aumentan los ingresos fiscales. Más allá aún, las tasas llegan a ser tan altas que desalientan el trabajo y propician la evasión. Cuando el impuesto llega al 100% los ingresos fiscales vuelven a cero: nadie quiere ganar ingresos si el gobierno los va a confiscar todos.

ATAQUES A LA OFERTA

La economía de la oferta (porque el énfasis está puesto en crear incentivos para los productores) contempla, así, la reducción de impuestos. Y se complementa con la política monetarista de restricción del circulante y reducción del "Estado benefactor". Es decir, Friedman y su Escuela de Chicago. ¿Cómo son los ataques?

Frente a la reducción de impuestos, ellos provienen ácidamente del Premio Nobel Paul Samuelson: "Este es el bluff de Arthur Laffer: reduzca las tasas de impuesto y no recorte los programas de gasto. A los propios conservadores no les va a gustar el resultado. El presupuesto podrá ser

equilibrado por medio de reducciones draconianas en gastos que no son los de Defensa. Pero como hemos aprendido a lo largo de los años, no se puede vivir feliz después de haberlo hecho. A menudo, demasiado a menudo, eso es lo que empuja la recesión siguiente".

También ha reclamado en forma agria Galbraith, el "liberal izquierdista": "Reagan parece ser admirador de la teoría de los caballos y los gorriones, de acuerdo a la cual los gorriones pueden comer las sobras de avena que se dan a los caballos. Dice que hay que crear riqueza antes de pensar en repartirla y para ello hay que incentivar a los ricos para que pro-

duzcan el crecimiento económico. Más efectivo sería darles de comer directamente a los pobres”.

Los enojos de los economistas más publicitados y de los premios Nobel crecen en violencia frente a la restricción de circulante con que los “monetaristas” quieren controlar la inflación. Ellos no sólo se desatan en Estados Unidos, sino que también aluden a la Gran Bretaña de la Thatcher y a todos los países en que se está aplicando esa política, incluido el nuestro.

Galbraith, de nuevo: “En un sistema económico como el norteamericano, en que existen poderosos sindicatos obreros y agrícolas, es irreal querer controlar la inflación sólo por medios monetarios. La experiencia nos ha enseñado que no se la puede manejar eficazmente si no se dispone de una subcapacidad y de una subproducción que obligue a los productores a bajar sus precios y suficiente cesantía para contener a los sindi-

catos y moderar sus reivindicaciones salariales”.

James Tobin, Premio Nobel 1981: “No pienso que se pueda resolver el problema de la inflación sólo con medidas fiscales y monetarias, a menos que se acepte una baja tasa de crecimiento y una elevada tasa de cesantía. Es la experiencia Thatcher, una experiencia realizable pero que nos será extremadamente dolorosa: tendremos que aceptar una tasa de cesantía de 9 a 10% durante muchos años. Desde un punto de vista social y humano las consecuencias serán catastróficas. Se sacrificará a generaciones enteras de jóvenes...”.

Kenneth Arrow, Premio Nobel de Economía 1972: “Las ideas de Milton Friedman han sido francamente perniciosas porque han oscurecido el entendimiento de los fenómenos de política económica y las víctimas son algunos países que sufrieron la dolorosa experiencia de ponerlos en práctica.

¿ESTADO BENEFADOR?

Pero donde arrecian los ataques contra “monetaristas” y “libremercadistas” mundiales es en el punto en que se intenta reducir al “Estado benefactor” para reemplazarlo por el mercado. Los críticos más enconados afirman que el austriaco Von Hayek y el norteamericano Friedman quieren retrotraer la economía al siglo XVIII. A la época en que los fisiócratas y su jefe Quesney decían que el orden económico se rige por leyes naturales y que toda intervención de la autoridad es abusiva y funesta: “laissez faire, laissez passer, le monde va de lui-meme” (dejad

hacer, dejad pasar, el mundo se maneja solo).

Lo cierto es que los acusados sólo reconocen como antecesor a Adam Smith, padre de la economía clásica: “al buscar cada individuo su propia ventaja... es guiado por una mano invisible a promover una finalidad que no era parte de su intención”. El libre mercado, en que cada uno se mueve por su interés, actúa más en beneficio de la sociedad que la acción desquiciadora del Estado.

Son los argumentos de hace 200 años con que la “reagono-

mics" y la administración Thatcher han intentado reducir los abultados presupuestos de ayuda social en Estados Unidos y Gran Bretaña. Una lluvia de discrepancia se ha lanzado sobre ellos:

El Premio Nobel Kenneth Arrow: "Para Milton Friedman un sistema competitivo tiende a reducir las desigualdades sociales. El tiene en mente la destrucción de lo que yo llamaría su enemigo, vale decir, el Estado o los monopolios que éste controla y que pueden generar desigualdades de ingreso... Pero hay que tomar en cuenta que no todos tienen los mismos bienes en la sociedad, que hay ingresos heredados, diferencias de educación. Otra fuente importante de desigualdades son las diferencias en las habilidades personales. El Estado debe intervenir para reducir en forma sustancial los desniveles, especialmente los relativos al ingreso. En el fondo hay un problema básico de justicia".

James Tobin, también Premio Nobel: "La economía de mercado en la perspectiva de los "nuevos economistas" funciona mejor mientras más se la deja sola. Si hay recesión, ella debe seguir su curso, cualquiera sean los efectos, cualquiera sea el número de ce-

santía y de quiebras. El obrero que quiere conservar su puesto no tiene otra cosa que hacer: aceptar una baja de salario... porque eso significa que la economía de mercado se está comportando en forma óptima".

Paul Samuelson: "Creo que el objeto principal es la economía política, no la economía a secas. Siempre va a haber dos factores en conflicto: la pura eficiencia económica y la equidad o distribución justa. En mi caso, trato de no referirme a la eficiencia sin plantear, simultáneamente, el problema de la equidad. La Escuela de Chicago en mi país habla y escribe sólo en términos de eficiencia de mercado. Yo respeto muchas de sus investigaciones que obedecen a una cierta lógica: la del derrame o rebalse. Ellos dicen que si se persigue sólo la eficiencia, puede que, en el corto plazo, la distribución de la "torta" sea peor, pero que, a la larga, como ésta va a crecer, todos obtendrán un trozo mayor. Sin embargo, mientras esto sucede la gente que tiene hambre, se muere. Dejar todo el problema del desarrollo librado a los mecanismos espontáneos del mercado sería condenar a toda una generación al hambre o a niveles mínimos de subsistencia".

ECONOMIA DE LA DEMANDA

La crítica a coro contra la economía de la oferta basa muchas de sus argumentaciones en la llamada... economía de la demanda. Si la primera se remonta a los años del escocés Adam Smith, la segunda reconoce a un padre más joven, de sólo hace medio siglo,

Keynes. Los empresarios en Chile, por ejemplo, pueden no encontrar novedad en que se diga que la política económica que se aplicó en Chile es neoclásica, pero pueden sorprenderse al comprobar lo "estrictamente keynesianas" que están siendo sus demandas.

Frente al "supply-side", la economía de la demanda significa, nada más y nada menos, que un cambio de perspectiva. Coloca los incentivos dirigidos hacia los compradores.

Para Lord Maynard Keynes, la desocupación (que Adam Smith atribuía a la existencia de salarios excesivos) tiene su origen en la insuficiencia de la demanda colectiva. Y esta demanda cae en la medida en que disminuyen las inversiones y aumenta el ahorro: cuando crece el ingreso de la colectividad crece también el ahorro —planteaba el inglés—. Ello marcha bien mientras las inversiones aumentan paralelamente. Pero hay momentos en que, a pesar de que el ahorro sigue subiendo, la tasa de interés no desciende en el grado que resultaría estimulante para convertirlo en inversiones. El ahorro se convierte así en riqueza que no se consume. Y esa escasa propensión a consumir impide el

crecimiento de la ocupación.

Dicho de otro modo: la insuficiencia de las inversiones provocada por el poco empleo del ahorro se convierte en insuficiencia de demanda. ¿Qué propone Keynes? Provocar deliberadamente el crecimiento de las inversiones hasta que la demanda sea suficiente para absorber toda la oferta que proviene del pleno empleo de las fuerzas productivas.

¿Cómo sugiere hacerlo? A través de los bancos centrales que, con una política de bajas tasas de interés, estimulan las inversiones creando todo el dinero necesario. Y para que ello no derive en un juego peligroso de expectativas y desviaciones del objetivo, Keynes propone en situaciones de depresión "socializar las inversiones", no la producción: el Estado debe tender a una acción compensatoria en las situaciones de depresión a través de un programa de inversiones públicas...

CONTRA KEYNES

Esa es la fórmula con que el mundo —bien o mal— se levantó de la Gran Depresión de los años 30 y vivió hasta que los "neoclásicos" lograron influencias en los gobiernos de los Estados Unidos, Gran Bretaña y algunos latinoamericanos. ¿Cuáles son los ataques al keynesianismo?

Un enemigo declarado es, evidentemente, Friedrich von Hayek. El Premio Nobel, de 83 años, austriaco de nacimiento, fue adversario personal de Keynes. El mismo lo ha contado en extensa entrevista a *L'Express*: "La mala suerte quiso que en 1944, cuando Key-

nes conocía el éxito, yo haya publicado *Camino de Servidumbre*. Ese libro fue muy mal comprendido y me hizo pasar, a los ojos de la joven generación progresista, como un horrible reaccionario. Al mismo tiempo, ello ocultó mi teoría monetaria. Yo habría podido ganar en el enfrentamiento contra Keynes si mi reputación entre los intelectuales no hubiera estado atada por mi llamado de atención contra el socialismo".

Derrotado, en 1947, Hayek fundó en Suiza la Sociedad Mont Pellerin con sólo unos cuarenta intelectuales liberales europeos y

norteamericanos. El mundo era keynesiano. Pero hoy, casi medio siglo más tarde, ese mismo mundo hace la experiencia "hayekiana" a través de las políticas de la señora Thatcher y el programa de Reagan... contra Keynes.

"Keynes creó prosperidad acelerando la inflación. Eso no se puede hacer indefinidamente. Si fuera verdad, como Keynes lo pensaba, que se puede mantener la prosperidad gracias a una tasa constante y moderada de infla-

ción, todo sería muy fácil. Lo que no comprenden los keynesianos es que los efectos positivos de la expansión dependen de la aceleración de la inflación. Y ningún proceso de aceleración puede prolongarse indefinidamente. Y por eso hoy día nos encontramos en una situación que, desde la partida, era previsible e inevitable. Por un lado, los gobernantes no se atreven ni a acelerar ni a parar la inflación. Y continuamos viviendo con inflación, pero sin sus efectos estimulantes porque ella ya no se acelera más..."

EL ESTADO BENEFACTOR

En la misma entrevista de **L'Express**, Hayek fundamenta además su ataque al "Estado benefactor" o "Estado providencia".

"Tras el "estado benefactor" —le señala el periodista— está la idea de la justicia social..."

Responde Hayek: ¡Nadie sabe lo que eso significa!

Pregunta: ¿Cuál es entonces su definición?

Respuesta: "No hay definición. Es un problema puramente intelectual. Yo puedo ilustrarlo con una frase de John Stuart Mill. Una frase soberbia que es la base de todas las ideas socialistas: 'Desde que el producto está allí, usted puede hacer lo que quiera con él'. Eso es perfectamente cierto, pero con la salvedad de que ese producto... ¡usted no lo volverá a tener por una segunda vez! Mill tuvo éxito en hacer creer que el proceso de producción era independiente del proceso de repartición. Habién-

dose obtenido un cierto producto anual, es posible repartirlo según los principios de justicia. Pero él olvida algo muy simple: que es, precisamente, a causa de las diferencias de remuneraciones que los individuos se sienten empujados a hacer lo que hacen para crear el producto".

Pregunta: ¿Qué es lo que le molesta, intelectualmente, en esta idea de la justicia social?

Respuesta: "Mire usted, renunciar al principio de igualdad ante la ley, aun con intenciones caritativas, abre inevitablemente el camino hacia las arbitrariedades. Distribuir las ventajas en beneficio de alguien que no puede ser fácilmente identificado, ha llegado a ser el medio más seductor para conquistarse a la mayoría... La gran diferencia entre la sociedad hacia la cual tendía el liberalismo clásico y aquella que nosotros vemos formarse bajo nuestros ojos, es que la primera estaba gobernada por principios de justa

conducta individual, en tanto que en esta otra se exige que la sociedad satisfaga las exigencias de justicia social. En la primera, es a los individuos a los que se les exige una justa conducta. En esta

otra, es cada vez más en las autoridades en las que reposa ese deber de justicia y esa autoridad; por consecuencia, tiene el poder de dictar la conducta a los individuos".

LAS CRITICAS DE FRIEDMAN

Milton Friedman, a los 81 años, hijo de inmigrantes de Europa oriental, criado en un barrio obrero de Nueva York, ex estudiante becado que sufrió problemas antisemitas, convertido hoy en uno de los pocos economistas "best seller", es sin duda otro polemista de calidad... contra Keynes.

Contra la inflación keynesiana... "Técnicamente la inflación no es terriblemente difícil de detener. El problema es que los efectos favorables de la inflación llegan primero y los efectos malos llegan después. Es como el alcohol. Los primeros meses o años de inflación, como los primeros tragos, marchan bien. Todo el mundo tiene más dinero para gastar y los precios no suben tan rápido como el dinero disponible. La molestia viene cuando los precios empiezan a recuperarse. Y por supuesto hay personas que sufren más que otras. Generalmente, gente sin voz política: los pobres, los jubilados con renta fija. A alguna gente no la toca para nada y otros ganan inmensamente. Por otro lado, cuando se empiezan a tomar me-

didias contra la inflación, los efectos malos se sienten inmediatamente; la gente queda sin trabajo, la tasa de interés sube, el dinero se hace escaso. Sólo mucho después se muestran los buenos efectos. El problema es cómo pasar la cura dolorosa... sin querer otro trago. La gente comienza a pensar que tal vez preferiría la enfermedad al tratamiento..."

Contra las medidas de control de precios y salarios para pagar la inflación... "los controles nunca funcionan. Hemos visto eso desde el tiempo del emperador Dioclesiano. Si los controles son administrados con verdadera acuciosidad, la gente encuentra manera de burlarlos. Esto sucede especialmente en los niveles más altos de ingresos, entre los ejecutivos. Si un empleador quiere pagarles un salario más alto puede ofrecerle beneficios marginales, darle un auto, cualquier cosa. Así la gente que es más afectada por el control de salarios es aquella que el programa pretende proteger: el que gana por hora, el empleado de bajo salario, el no especializado..."

"MI MADRE..."

Contra la idea del "laissez faire" del mercado que resultaría inmisericorde al no contemplar ni si-

quiera un salario mínimo... ¿Cómo está mejor una persona? ¿Cesante a un dólar sesenta la hora? ¿O em-

pleada a un dólar cincuenta? Cero horas a la semana un dólar sesenta la hora, es cero. Supongamos que hay un trabajador al que un empleador está perfectamente dispuesto a pagar un dólar cincuenta. Pero la ley no lo permite. Tiene que contratarlo a un dólar sesenta. Si lo contrata está regalándole 10 centavos, está haciendo una obra de caridad y eso es algo que pocos empleadores están dispuestos a hacer o pueden hacer sin ser puestos fuera de combate por sus competidores...".

Más a fondo en la defensa de la absoluta libertad del mercado... "Mi madre vino a este país cuando tenía 14 años. Trabajó en uno de esos "talleres de explotación" (en que laboraban niños) como costurera. Pero sólo fue porque existía ese taller de explotación que pudo obtener trabajo. Además, no se quedó allí, como tampoco la mayor

parte de las otras costureras. Era una estación intermedia para ellas... Debo confesar que me parecen ligeramente repugnantes las personas que desprecian un sistema que justamente ha hecho posible para ellos el poder despreciarlo. Si hubiera existido salario mínimo, ni mi madre habría logrado trabajo ni los millones de inmigrantes que llegaron sin un céntimo, sólo con sus manos, a este país".

Finalmente, arremete contra la intervención keynesiana de los bancos centrales para superar los momentos de crisis... "La mayoría de las llamadas crisis se corrigen a sí mismas, si se las deja solas. La historia sugiere que el verdadero problema está en impedir al Banco Central que opere erradamente, que haga exactamente lo contrario, echar bencina al fuego..."

LAS VIEJAS DISCUSIONES

La argumentación resulta interminable. A estas y otras afirmaciones de Friedman y Hayek, responde al otro extremo el actual asesor de Teddy Kennedy, el ya citado John Kenneth Galbraith. En un extenso artículo que moviliza a un buen sector de la opinión pública norteamericana ha denunciado lo que llama "la embestida conservadora" en contra del "consenso social". Este último habría unido a los republicanos y demócratas, después de la segunda guerra mundial, en un acuerdo tácito para reducir el desempleo y la inflación, para que los gobiernos proporcionen viviendas a costo moderado, salud y transporte, seguros de cesantía, pagos sociales, pensiones

de ancianidad. Todo ello estaría en peligro por las políticas de Hayek y Friedman...

También la argumentación sería sin fin si opusiéramos de nuevo a Samuelson, partidario de la economía mixta, "el camino del medio", contra los libremercadistas. Es famosa su pregunta en un foro con Friedman: "Lo que hay que preguntarse es si el electorado norteamericano piensa que deberíamos invertir las tendencias humanitarias de las últimas décadas en favor de los incentivos a la oferta. ¿Piensa el electorado que el igualitarismo ha sido llevado demasiado lejos?"

No hay acuerdo. A un extremo,

al otro y en el medio de las posiciones económicas, el mundo en crisis sigue presenciando la eterna disputa de estos "médicos" que no coinciden en el remedio efectivo para recetar la cura del crecimiento contra la enfermedad de la recesión.

Lo angustioso es comprobar que la misma pelea existe desde que

comenzó la "ciencia" económica —desde Adam Smith y Keynes— y que persiste sin solución en un universo económico cada vez más complejo. Como señala en un comentario la revista **Newsweek**: "Obviamente el economista que pueda formular una teoría económica que resuelva los problemas de nuestro tiempo... será contado entre los santos"♦

